

# Gerontodiscriminación

G. Borque

Universidad de Navarra

**E**l término "ageismo", que yo traduzco por gerontodiscriminación, fue introducido por Robert Butler en 1969 (1). Con él quería designar un fenómeno social caracterizado por la depreciación de las personas de edad. Esta escasa valoración de los viejos se inició ya el siglo pasado al sufrir un hondo cambio la sociedad de los países que comenzaron a industrializarse, produciéndose una emigración masiva de la gente del campo a las ciudades. En la Sociedad rural la vida familiar tenía un gran peso, lo mismo que la experiencia, por ello, los viejos jugaban un papel importante y gozaban de gran respeto y consideración. El traslado a la ciudad, seguido casi siempre de penurias económicas, horarios sobrecargados de trabajo, ocupación de jóvenes de corta edad, etc. supuso, en muchos casos, un rudo golpe a la vida familiar. Por otra parte, la experiencia, importante en el cultivo del campo, apenas tenía significación en el manejo de una máquina o en el trabajo en cadena y los mayores perdieron relevancia.

En la actualidad es evidente que este fenómeno de infravaloración de los ancianos ha ido en aumento. Apenas aparecen en los medios de comunicación, sobre todo en la televisión, se les considera más bien como carga familiar y social, gente anclada en otra época y con la que el diálogo resulta difícil. Y a la hora de encontrar trabajo, las personas que rebasan los 45 años son claramente discriminadas.

Existe, además, la tendencia a aplicar a las personas concretas los tópicos corrientes sobre la senectud: sujetos de salud quebrantada, con escasa capacidad creativa, apegados al pasado, con pequeña o nula sintonía con los movimientos y cambios que son impulsados por la juventud.

Estos juicios, tópicos, sobre las personas mayores no son totalmente ciertos, y cuan-

do se aplican a una persona concreta, lo son mucho menos. Hay, en efecto, viejos con excelente salud, con una mente vivaz y creadora, que sintonizan fácilmente con las innovaciones en usos y costumbres y con los adelantos técnicos.

La falta de aprecio por las personas de edad hace que ellas mismas tiendan a infravalorarse y a pensar que son un estorbo, por lo que desean abandonar este mundo. Es frecuente que, cuando se entrevista a un hombre que fue una eminencia, si se le pregunta su opinión sobre cosas actuales responda: "yo pertenezco al pasado, no tengo nada interesante que decir..."

## Falsa gerontoprotección

Esta visión negativa de la edad proveya, -el senectismo-, ha provocado la reacción contraria en un sector reducido de gerontólogos y psicólogos (2,3). Estos afirman que las personas mayores conservan, hasta una edad avanzada, muchas de sus cualidades físicas y psíquicas, sobre todo si han permanecido activos. Consideran injusto, por tanto, el menosprecio que experimentan las personas mayores y luchan por eliminarlo. Injusto no porque sean "personas" sino porque sus capacidades están poco mermadas. Esta es una visión parcial y, un tanto idealista de la tercera y cuarta edad. Hay que reconocer que los ancianos van perdiendo progresivamente la memoria, la rapidez para tomar decisiones, la fuerza creativa, la valentía para enfrentarse a situaciones nuevas y comprometidas. En lo físico todavía es más evidente la merma: se pierde rapidez de reflejos, fuerza, coordinación de movimientos complejos, etc.

Y este deterioro que se da en la senescencia fisiológica, cuando al declinar debido a la edad se unen los achaques provocados por trastornos vasculares, neurodegenerativos,

etc. entonces el anciano se va convirtiendo en una piltrafa. Cualquiera que hay seguido el curso de un paciente con enfermedad de Alzheimer ha podido comprobar esa triste realidad: la memoria perdida, la capacidad cognoscitiva brilla por su ausencia, el control de esfínteres nulo. La vida de uno de esos pacientes en el estadio final de la enfermedad es calamitosa vista con un criterio de valoración de tejas abajo.

Ante estas dos posiciones extremas: la negativa, que hace tabla rasa de las condiciones y facultades de los ancianos y la excesivamente optimista, que considera escasa la merma de facultades en la senectud, está la ecléctica. Los viejos van perdiendo unas facultades pero van adquiriendo una serie de cualidades que, en unos casos, compensan total o parcialmente las facultades perdidas y, en otros, suponen un enriquecimiento de la personalidad. Por un lado, está la experiencia, no sólo en lo profesional, sino en tantos aspectos de la vida. Por otro, la visión más objetiva de la misión del hombre, de sus metas, del verdadero valor de las cosas y acontecimientos. El hombre adulto joven está tan inmerso en sus problemas profesionales, familiares y sociales que, con frecuencia, no tiene tiempo para pensar con cierta profundidad en el sentido de su vida, en el valor objetivo de las cosas y sucesos. El hombre de edad gana en perspectiva, es como un observador que mira desde fuera y a cierta distancia su vida y la de los demás, los acontecimientos, las aspiraciones, la lucha por la existencia. Esa distancia hace que su observación sea más objetiva y, sobre todo, con un horizonte más amplio. Estas cualidades o virtudes, que son frecuentes en las personas de edad, les confieren un valor inestimable y les hacen dignas, como en tiempos pasados, de ser escuchadas y de tener en cuenta sus consejos.

### El anciano como persona

Esta consideración con las personas mayores, si sólo estuviera avalada por las cualidades positivas que poseen, tendría el mismo defecto que la contraria, que el senectismo. Ambas consideran al hombre por lo que puede hacer, por su rendimiento económico y ésto aunque es algo a tener en cuenta, no es todo.

El hombre, por sí mismo, tiene un valor independiente de su rendimiento económico. No es el trabajo el que da valor al hombre sino que el trabajo adquiere valor porque lo hace el hombre. Esta valoración del hombre todavía se acrecienta con la concepción cristiana, que ve en la persona no sólo un ser racional sino, al mismo tiempo, un hijo de Dios.

Cuando una persona se ve como hijo de Dios, entonces los otros valores, como la capacidad productiva, la forma física y el cociente intelectual, adquieren su justa medida y, en la escala de valores están muy por debajo del valor como hombre, actual o potencialmente, hijo de Dios.

El senectismo, junto con el sentido negativo que se da a la enfermedad y al dolor, explica que en un sector de la sociedad se justifique y aun se haga propaganda de la eutanasia. Y es que si la vida del hombre sólo tuviera sentido cuando puede producir algo para la sociedad y cuando discurre sana y sin sufrimiento, entonces la eutanasia estaría plenamente justificada. Lo está el llevar un perro, feo y achacoso por los años, al veterinario para que con una inyección le produzca la muerte indolora. Y es que ¿hay alguna diferencia entre un hombre, si carece de espíritu, y un perro?

En una sociedad cristiana, como es la occidental, resulta paradójico que se dé el "senectismo". Es, sin duda, un signo más del escaso peso que tiene el espíritu en la sociedad y en los individuos.

### BIBLIOGRAFIA

1.- Butler R.N.: Ageism: Another form of bigotry. *The Gerontologist* 9, 243-246, 1969.

2.- McCowan: Ageism and discrimination pag. 71-80 en: *Encyclopedia of gerontology*.

Vol 1. Academic Press Inc., 1996.  
3.- Palmore E.: *Ageism*. Springer, New York, 1990.